

A black and white close-up portrait of Peter Handke. He has long, wavy hair, a mustache, and a goatee. He is wearing glasses and looking slightly to the right of the camera with a serious expression. The background is a plain, light color.

Peter Handke
Pero yo vivo
solamente de
los intersticios

gedisa.cult.

PERO YO VIVO SOLAMENTE DE LOS INTERSTICIOS

PETER HANDKE

gedisa_cult.

Queremos celebrar nuestros 40 años de labor independiente y comprometida con el pensamiento crítico compartiendo con el público lector una serie conmemorativa especial y limitada.

Gedisa_cult. es el resultado de una cuidadosa selección de ocho obras que pertenecen a nuestro fondo y que han marcado tendencias y conceptos teóricos fundamentales en ámbito de las ciencias humanas y sociales.

Esta serie nace con el propósito de agradecer a los lectores que han confiado en nosotros a lo largo de cuatro décadas y rendir homenaje a los autores que nos han permitido construir un sólido y prestigioso catálogo –que cuenta hoy en día con más de 1.500 títulos–. Asimismo, el lanzamiento de Gedisa_cult. ofrece la ocasión para reconocer la excelente labor de libreros, bibliotecarios, distribuidores y todos aquellos actores que han intervenido en el proceso de difusión de nuestras publicaciones tanto en España como en América Latina –territorio en el que la editorial ha sabido consolidar una presencia activa en el sector cultural y académico–.

Gedisa_cult. pone al alcance de nuestros fieles lectores una reedición de obras imprescindibles y, al mismo tiempo, intenta cautivar a las nuevas generaciones que se interesan por los clásicos y las obras del acervo cultural e intelectual. Un regalo para todo lector inquieto, dispuesto a disfrutar de un buen libro y de calidad entre la vorágine de las novedades y más allá de los *best sellers*.

EL EDITOR

Título del original del alemán:
Aber ich lebe nur von den Zwischeräumen
© 1987 by Amman Verlag AG, Zürich

© De la traducción: María A. Gregor
© De la imagen de cubierta: Zuma/Cordon Press
Cubierta: Juan Pablo Venditti

Primera edición: octubre de 2020, Barcelona

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Editorial Gedisa, S.A.
Avda. del Tibidabo, 12, 3.º
08022 Barcelona (España)
Tel. 93 253 09 04
gedisa@gedisa.com
<http://www.gedisa.com>

Preimpresión:
Editor Service, S.L.
<http://www.editorservice.net>

eISBN: 978-84-18193-29-3

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, de esta versión castellana de la obra.

INTRODUCCIÓN

Fue Egon Amman, el editor, quien en la primavera de 1985 dio el estímulo para este libro; para un libro de esta naturaleza: una conversación. A mí me resultó oportuna, siempre que el interlocutor fuera Peter Handke. De sus libros anteriores, y de un par de encuentros también, yo había aprendido mucho: no esto o aquello, sino una mayor sensibilidad frente a lo supuestamente obvio; yo había quedado estimulado a confiar más en mis sentimientos y en mi experiencia que en la manera de pensar impuesta por la moda. Pero no quise seguir su evolución ulterior a partir de *El miedo del portero al penalty* y de manera más absoluta a partir de *Carta breve para un largo adiós*; conservé la imagen que me había hecho de él: fijado en ella, lo perdí de vista mientras él seguía otro camino. Mi propia experiencia: la del vivir (especialmente la de la impotencia del pensar y el conocer ante la situación social) y la de leer (aquí se me abrió el mundo del Hofmannsthal tardío) fue la razón de que me sintiera interpelado entonces por la poesía dramática, por la que sentía curiosidad, de que me parecieran de entre los trabajos de la época temprana de Handke los más significativos aquellos que estaban destinados al teatro. El Año Nuevo 1983/1984, mientras recorría el Saalach, el pequeño río que forma la frontera entre Baviera y Austria, y con el Monchsberg ante los ojos, leí las *Fantasías de la repetición*. Allí encontré expresadas muchas de las cosas que me rondaban por la cabeza entonces en conexión también con el conocimiento de Hofmannsthal; la única razón por la que no quise ceder al deseo de llamar al autor fue que no había

leído, o solamente «recorrido» mediante una lectura sin comprensión, la prosa que lleva a la *Poesía dramática*.

El estímulo del editor fue la bienvenida ocasión para que leyera nuevamente la obra completa de Handke, y en el caso de la prosa de la última época y la mayor parte de las notas, las leyera entonces por primera vez o, al menos, por primera vez a fondo, es decir, las «estudiara» (página 172) sumándoles los ensayos escritos sobre ella. Me subsistieron fuertes reservas y se concretaron; en las conversaciones siguientes aparecerán de manera más que clara. Mejor pertrechado, pensé, después que también otra cosa se hizo urgente, que podía acometer la empresa, consciente de que debían ser ahora o nunca. Si de ello resultara algo que reflejara el sentido de la ocasión externa, era algo que quedaba pendiente, como una consideración de segundo rango.

A fines de diciembre de 1985 le escribí a Peter Handke, refiriéndole de qué manera se había llegado al proyecto y sin ocultarle mi recelo respecto a éste, dando por poco posible que su recelo no fuera aún mayor. La respuesta fue más favorable de lo esperado, aunque no sin reservas: «Su carta, independientemente de la propuesta que contiene, me fue grata (y lo sigue siendo) [...] Estoy de acuerdo con la conversación, sólo que actualmente estoy con mucho trabajo y seguiré estándolo bastante tiempo. ¿Qué le parecen dos días al comienzo del verano?» No habían pasado dos meses cuando quedó libre; con fecha del 1° de marzo de 1986 llegó la lacónica noticia: «Ya he terminado, y me cuadraría si nos pudiéramos encontrar aquí a mediados de abril un par de tardes [...]» El 14 de marzo, después de que me hubiera manifestado de acuerdo, me escribió: «Sí, ambos hemos quedado cogidos en la red y trataremos de aprovecharlo. Le propongo: dos o tres días entre el 9 y el 13 de abril. Llámeme: ahora he vuelto a bajar las escaleras para atender el teléfono». Así pues, transcurridos más de dos años, el llamado tuvo lugar, y los dos o tres días se hicieron cuatro, días que para mí fueron casi irrealmente her-

mosos («irrealmente» estimados por referencia a la irrealidad habitual que se impone como realidad), merced a la atención de Peter Handke, bajo el hechizo de su fuerza resueltamente firme a pesar de toda su «condescendencia» (página 224) y suavidad, que actúa hacia afuera desde su concentración; merced, a lo favorable (y no en último término) de lo «local» (página 202) en sentido estricto y amplio.

Los antecedentes, tal como se los puede apreciar por la historia previa, se hicieron, naturalmente, sentir en el tono y el curso de la conversación, y en primer lugar en lo que concierne a mi participación en ella. No tuvo, es verdad, la soltura de un encuentro personal, como en realidad me lo había imaginado y como se dio en muchos hermosos instantes, predominantemente cuando la cinta del magnetófono no andaba, cuando viajábamos o comíamos, pero considerada en su conjunto, tampoco es tan neutral, ni un desempeño de roles ante oyentes invisibles como lo son la mayoría de las entrevistas o los cuestionarios planteados con fines científicos. Las inclinaciones y sensibilidades personales, por una parte, y la conducta de rol impuesta por las circunstancias externas, por la otra, resultan unas veces más y otras menos determinantes.

Al transcribir las cintas me fastidié, naturalmente, con bastante frecuencia por las preguntas desaprovechadas o ambiguas, planteadas lateralmente al asunto, ya sea por falta de presencia de espíritu, por recelo de exponerme o por parcialidad en mi visión de las cosas, a partir de la cual me adelanté a las respuestas o las supuse obvias y a veces hasta las sugerí a mi «condescendiente» interlocutor. Uno posterga muchas veces preguntas ampliatorias, correcciones, para no interrumpir, luego las olvida, o aparece otra cosa que en ese momento es más importante. Por otra parte, deben atribuirse a la timidez y el deseo de lograr a partir de ellas un acuerdo, las repeticiones insistentes que a veces ponen a prueba la paciencia del interlocutor. El plan de escuchar cada día lo producido durante él para poder

volver sobre lo mal aprovechado, aclarar los equívocos, insistir de manera más flexible y específica, no pudo, salvo algunos pasajes de prueba, cumplirse.

Yo había advertido, pero entonces no con suficiente claridad y perspicacia, que muchas objeciones críticas contra una obra hieren al autor en su persona. Pero asombrarse de ello o hacerle un reproche por ello, hablar de «narcisismo» es, por decirlo suavemente, inadecuado; surge más o menos automáticamente de su obviedad como escritor, de alguien que siempre apunta «al todo». «Lo que yo escribo es solamente mi existencia configurada» (página 247). «Sólo» significa aquí: todo, «enteramente yo» (página 246); es la esencia de la persona siempre accidental y dispersa en la vida cotidiana. ¿Cómo es, entonces, posible que la crítica a la obra no sea tomada personalmente? Yo me admiro, por el contrario, ahora, de la indulgencia y la autoenajenación que, aquí y allá, se percibe en la entonación, que es también autodomínio: efecto de la bondad y del esfuerzo por penetrar en el otro, de tener paciencia con él, pero quizá también de hacerse comprensible para él; comprensión también de los propios límites, de la propia limitación: «autocrítica» (página 226 ss.). Por ello sólo al adentrarme posteriormente en lo grabado tuve claridad de lo fundamentalmente inadecuado de las preguntas referentes a la interpretación de la obra y las correspondientes objeciones. Ciertamente, el texto está ahí también primariamente en otras referencias que el autor ha librado al público (con el mundo de cada lector, con la (i)rrealidad histórica que es la del autor tanto como la del lector potencial, con la literatura y el arte precedentes y contemporáneos, los conceptos de éstas, etcétera); en cambio, para él, cuando trata un «tema» no envasado en las «Bellas Letras», la referencia a su persona es la decisiva. La confrontación con aquellos otros datos queda entonces anulada: la lleva a cabo no reflexionando explícitamente (a lo más sólo incidentalmente), sino implícita, involuntariamente, mediante su escritura, en la realización plena y concienzuda de su proyecto. Lo que él «ba-

rrió» fuera de sí (página 43), la consulta con él de las condiciones, del lugar axiológico en aquellas otras referencias, le exige colocarse frente a ello como un tercero neutral, por así decirlo; es algo que roza la fuente y las energías de su creación. Como es natural, retrocede ante ello, da rodeos y se pone también decididamente a la defensiva (con el máximo de ardor, característicamente, frente al preguntar por el «vacío» en cuanto «autoría»). Considerado así, el distanciamiento y relativización máximos posibles en él es verdaderamente la idea de que «a muchas personas les sucede que en lo que yo hago sólo pueden estudiar qué son ellos mismos y en qué pueden contradecir» (página 247), y que él tome en cuenta con interés tales contradicciones cuando no surgen de un prejuicio superficial o de la animadversión personal.

Contrariamente, yo, como lector, no puedo y no quiero disimular mi oposición a la «cosa» cuando yo, desde mi punto de vista, desde las condiciones de mi existencia, la considero fundada, pero puedo concebir hasta qué punto ella, conformada con el máximo de escrupulosidad, es la manifestación necesaria, y con este alcance exenta de crítica, de la persona. Esta doble perspectiva me resulta perturbadora mientras no tengo ante la vista claramente su inevitabilidad: la inclinación favorable a la «cosa» en cuanto «existencia conformada» no excluye, en su ser-así-y-no-de-otro-modo, la oposición a ella en cuanto consistente en referencias independientes del autor, e inversamente. Por cierto, lo uno no es separable enteramente de lo otro, por cuanto la oposición a algunos aspectos de la cosa afecta de hecho también a ciertos momentos de la «visión del mundo inconsciente» (página 247) de la persona. Pero este resto no es otra cosa que la diferencia con la que cualquier intento de comprensión personal tiene que manejarse: cuando no se vuelve dominante se deja poner de manifiesto sin que queden cuestionados por ello la simpatía y reconocimiento precedentes y fundamentales. Con esta condición, la oposición, considerada en su totalidad, es aceptable, y

hasta deseada, para el autor y no tiene por qué llevarlo a callarse. Ahora pienso, después de haberme hecho nuevamente presentes las conversaciones, que también él me concedió reiteradamente la subsistencia de esta condición o su resolución, su presencia, es decir una confianza imposible de ser conmovida por instantes dudosos, de evocarse en el recuerdo. De esta manera, sobre la base del recíproco reconocimiento, pudo darse siempre, más allá de las diferencias, la incomprensión y equívocos en algunos puntos particulares, una comprensión o mantenerse subliminalmente, según el caso. Con frecuencia preguntas equivocadas y objeciones provocaron indirectamente resultados instructivos bajo la forma del curso sinuoso de una respuesta o una réplica, aunque más no fuera que se hicieran patentes cuestiones fundamentales, concernientes a la relación entre el autor y el lector, como ya he mencionado. Esto quita su agudeza a la autocrítica, como también a la crítica del primer lector. No hay (casi) nada de que arrepentirse: «se dio así».

Peter Handke pareció suponer que se dejarían de lado algunas cosas. En cambio, yo no quise ponerme nunca en la situación de tener que decidir, ni siquiera en lo referente a aserciones personales qué es lo importante y qué no lo es. Con excepción de algunas repeticiones, que de todas maneras abarcan pocas líneas, introduje sólo dos abreviamentos extensos, por cierto, en casos en que la evidente fatiga deshilachaba los hilos del discurso. Tampoco quise ni pude satisfacer su deseo de normalizar su «peculiar manera de hablar en espirales» (página 28), de modificar la redacción para armar oraciones y secuencias de oraciones «correctas». La típica originalidad debe preferirse siempre a lo que se ajusta a la norma. El «modo de hablar» de Handke no es un embalaje torpe, cuyo contenido, envuelto de una manera atractiva, seguiría siendo el mismo: pertenece, por su parte, a la «cosa», es expresión de la persona, y tiene consiguientemente su propia legalidad. No es un hablar deductivo, clasificatorio, exteriorizado; su movimiento es

predominantemente asociativo, procesivo, ligado con la espontaneidad del sujeto: que surge borboteante desde su centro viviente, en arduo avance a tientas para llegar a los hechos aprehendidos mediante el sentimiento, a veces, también, cuando surgieron resistencias un hablar errante de un lado a otro, tranquilizante y conjurante. Siempre adelantándose a sí mismo puede cambiar imprevistamente de dirección: un miembro de una frase recibe al avanzar otro valor posicional; la oración iniciada se interrumpe, desde otra dirección se emprende un nuevo planteo; ocasionalmente se embrolla la sintaxis bajo el embate de las asociaciones. De ahí no surgen hechos firmemente perfilados, sino coalescentes a partir de fragmentos, que tienden hacia lo previo al lenguaje, lo que hace que lo dicho parezca siempre ocasional, abierto. Una corrección según las reglas hubiera congelado en mayor o menor medida lo procesivo en elocuciones con la falsa apariencia de la univocidad y de lo definitivo, cuya sucesión no habría podido tener ya la coherencia del habla espontánea. Independientemente de esto se perdieron necesariamente muchos imponderables, por el hecho de que la curva melódica, el acento de intensidad, el *tempo* de la elocución, etcétera, son imposibles de reproducir, pero guían preconceptualmente el conocimiento, pueden significar al sentimiento inequívocamente lo que a partir de las palabras registradas en el mejor de los casos sólo se puede conjeturar: la sola palabrita «sí» [ja] —para tomar un ejemplo sumamente sencillo— puede significarlo todo. Acuerdo, restricción, ponderación, según como se la pronuncie en cada caso.

Contrariamente a la recomendación de Handke, pues, me he esforzado por todas estas razones en reproducir lo más exactamente posible su «modo de hablar», teniendo presente, por cierto, su advertencia de no hacerlo entrar demasiado en el juego (página 29). Mantuve la sintaxis irregular, los comienzos de oración interrumpidos, las repeticiones de palabras, etcétera, en la medida en que me parecieron matizar y diferenciar la elocución, caracterizarla com-

plementariamente de una manera no racional, y he pulido cuidadosamente todos los puntos en que se trataba solamente de errores, cuando el cansancio, el relajamiento de la concentración llevaron a reiteraciones, repeticiones, atascamientos sintácticos, como también en algunos pocos casos en que hubieran resultado demasiado visibles en la traslación escrita los anacolutos, saltos, torcimientos, excrecencias. También la puntuación es el resultado de compromisos; empleada de la manera usual, fuerza al flujo del discurso guiado por impulsos internos a entrar en una articulación lógica: mi afán ha sido conservar en lo posible algo del ritmo del discurso hablado mediante el empleo desusado e incluso irregular de los signos y con independencia de ellos. Para ello fue necesario preferir las decisiones sobre la base del criterio, el sentimiento y el tacto a la intervención desconsideradamente reglamentarista. En pro de la unidad, y porque según las circunstancias una oración correctamente construida en la que los acentos estén repartidos de otra manera hubiera podido tener también otra réplica o respuesta, me he limitado a pulir solamente mi texto y a ordenarlo en algunos puntos, sin normalizarlo en toda su extensión.

Téngase presente que no hubo ninguna concertación previa sobre los temas ni el curso de la conversación, y que Peter Handke renunció a revisar la fijación por escrito antes de su publicación.

Agosto de 1986 H. G.

La paginación de las obras de Peter Handke que figura en el texto se refiere a la edición de bolsillo de la Suhrkamp Verlag. Con las siguientes excepciones: *El peso del mundo*, Salzburgo, 1977; *El chino del dolor* (*Der Chinese des Schmerzes*), Francfort, 1983; *Prometeo, encadenado* (*Prometheus, gefesselt*), Francfort, 1986.

Abreviaturas empleadas en las referencias

LR *Lento regreso*

LDVS *La doctrina del Sainte-Victoire*

PM *El peso del mundo*

HL *Historia del lápiz*

FR *Fantasías de la repetición*

MIÉRCOLES, 9 DE ABRIL DE 1986

La mañana del 9 de abril de 1986 —era un día de viento cálido del sur, más caluroso de lo habitual— me encontré con Peter Handke delante de la casa que habitaba en el Monchsberg. Me llevó antes que nada a la almena de la torre, desde donde se divisa la parte sur de Salzburgo, allá abajo en la llanura y la montaña, el macizo de Untersberg y el Staufen. Le pregunté por el Bosque de Morzg, cuyo extremo sur era visible, y por la comarca donde habitó Loser, el de *El chino del dolor*. Él me preguntó si estos escenarios me interesaban y a ello se refirió luego mi primera pregunta cuando estuvimos sentados junto a la mesita, emplazada delante del pozo de agua con su roldana, en medio de la sombra de los árboles y yo había efectuado ya el inevitable movimiento de conectar el grabador para que el juego pudiera comenzar. Lamentamos ambos que las voces de los pinzones y de los paros no pudieran ser trasladadas al papel; un poco risueñamente se me ocurrió luego, una y otra vez en el curso de la conversación, introducir alguna pregunta en el concierto. Le relaté una visita muchos años antes a Thomas Bernhard, que él me llevó sin ser preguntado al despacho del abogado Moro (en *Ungenach*) en Gmunden y me mostró un par de árboles atacados por unos escarabajos de la corteza, que estaban situados en el linde de una de sus fincas, a los que había transformado en su fantasía en el bosque del General en *Die Jagdgesellschaft* (*La partida de caza*). ¿No le daba él, Handke, también un gran valor al escenario?

HANDKE: Sí, también son importantes para mí los escenarios. Pero pienso, cuando remito al otro al lugar, que se sentirá más bien confundido y quizá lo considere una presunción. Yo siempre tengo conciencia cuando paso. Luego pienso, por ejemplo, en el lugar donde se produjo la pedrada, siempre pienso en él. (*El chino del dolor*).

GAMPER: ¿Está más adelante, en la hondonada?

H.: Sí. También está allí una cruz esvástica disimulada, se la puede ver todavía, donde yo mismo compré un *spray* color gris piedra y la rocié para cubrirla. Siempre pienso en ella al pasar, o casi siempre. Somera o expresamente.

G.: Esta mañana yo vi también una cruz blanca, una cruz normal, en un haya, más adelante.

H.: ¡Ah! Hay muchos árboles aquí, pero hay... no sé bien qué clase de personas son: tal vez se sientan próximos al Movimiento Greenpeace y no lo entienden bien, y por eso pintan con *spray* cruces blancas en cualquier árbol, tanto si está sano como si está enfermo. Me parece bastante lamentable que se desfigure la naturaleza mediante signos, sin contemplarla siquiera una vez, sólo porque se piense que todo está muriéndose, sin asegurarse de ello en lo más mínimo. ¿Lo vio usted? Casi cada árbol tiene una cruz blanca de ésas.

G.: Solamente vi uno.

H.: Allá abajo junto al Salzach, los plátanos y los castaños y aquí arriba cualquier árbol sin discriminación. Una vez, un par de individuos se procuraron una noche de aventuras, pasaron del otro lado de la montaña con el tubo de *spray*, y creyeron que hacían una buena obra. Y todas las personas que no lo examinan con suficiente atención piensan que estos árboles están condenados a muerte, o que están muriéndose. Aquellos hicieron simplemente una cruz. A mí me han preguntado con frecuencia: ¿cómo? ¿También este árbol se está muriendo? Muchas veces no se miran acertadamente las cosas, sino que la gente ve solamente los signos y piensa: ¡Ajá!, éste también tiene que ser talado. Han pasado ya unos dos años y esas cruces de *spray* se